

Esto empieza sobre la taza de un váter.

Esto empieza con Susana Nuez Moscada leyendo frases en la puerta del retrete.

Con sus rodillas pegadas, las bragas bajadas, y un cigarro en la boca.

Con sus ojos achinados, tratando de descifrar la caligrafía de las frases. Con sus cuatro nociones básicas de grafología.

Las mayúsculas grandes y la escritura ascendente significan deseo de alcanzar fama y fortuna.

La escritura rápida de letras desiguales y líneas sinuosas significa habilidad para el trato, cortesía aparente e interesada.

Los óvalos angulosos en la parte superior significan venganza o resentimiento que no se olvida.

Junto al picaporte puede leerse: «¿Has visto *Pulp Fiction*?» ¿Recuerdas cuando alguien dispara a John Travolta mientras está sentado en la taza del váter?

Y Susana dice:

—No es alguien. Es Bruce Willis quien dispara.

Sentarte en un váter público es como refugiarte en un iglú. Rodeado de baldosines blancos y con frío en el culo. Es todas esas gilipolleces de encontrar tu parte zen. O expulsarla.

No vas a pescar una foca, pero, al menos, vas a conseguir estar tranquilo durante diez minutos.

O dos horas.

Puedes oír un millón de conversaciones ahí fuera.

Incluso, con un poco de mala suerte, puedes oír cómo el vecino del iglú de al lado se desprende de su parte menos zen.

Pluf es el ruido que suele hacer la parte menos zen al chocar contra el agua.

Susana mira cómo el humo asciende entre sus muslos. Se desabrocha el sostén, lo saca por una de sus mangas y recoge el cigarro del suelo.

Se acaricia las tetas. No es nada sexual, es sólo una costumbre que tiene desde pequeña.

Vuelve a ponerse el cigarro en la boca y lee: «Los hombres con la nariz grande tienen la polla grande. Los hombres con la nariz pequeña la tienen pequeña.»

Y dice:

—Los hombres con la nariz abultada en la punta la tienen como un bate de béisbol.

Una voz ronca dice desde el otro lado de la puerta:

—¿Hay alguien ahí?

Y Susana responde:

—Lárguese, pirado.

Lo que todavía no había dicho es que Susana Nuez Moscada prefiere los servicios de caballeros.

Porque un váter es un iglú. Y un váter de hombres es, además, un zoo.

Si quieres oler a tortuga muerta, y a cacahuetes, y a esmeclama, y a guepardo, el mejor sitio al que puedes ir es a un servicio de caballeros.

Y de pronto se oye. Pluf.

Puedes imaginar que pluf es el sonido de un delfín entrando en el agua.

Es mucho más romántico pensar eso que pensar que es una digestión de enchilada de carne y sopa de cebolla. Susana piensa en delfines mientras sonrío sin dejar de tocarse las tetas.

John Arcadas vive con Susana. Y cree que todas las tardes cuando ella desaparece lo engaña con otro.

Y en cierto modo es así. No le engaña con uno sólo; le engaña con varios.

Ella viene aquí. A su zoo. A su iglú. Cada tarde a un baño diferente. Y está sola. Rodeada de hombres. En cierto modo, le engaña con todos ellos. Los huele y los escucha mear.

Escucha cómo se sacuden sus bates de béisbol. Puede oler su sudor y oír cómo se enjuagan la boca. Puede oír cómo se bajan la bragueta o cómo dejan caer sus pantalones al suelo. Puede compartir todas esas intimidades mientras fuma. Puede conocerlos sin llegar a verlos. Los puede odiar o desear sin verles la cara. Sin oírlos hablar.

Y durante dos horas. El mundo es un sitio menos malo. O, al menos, diferente.

En los baldosines que rodean al papel higiénico pone: «Tres sacudidas es paja.»

Si la escritura es rígida y vertical con los puntos de las íes bajos, eso lo ha escrito alguien frío, indiferente y poco emotivo.

Una persona que disfrute perjudicando y dañando a los otros tiene una escritura dextrógira, angulosa, con terminaciones de palabra en maza de presión pastosa, y ganchos convergentes.

La escritura redondeada con jambas prolongadas y ligeramente hinchadas, con hampas bajas y tildes de «t» terminadas en gancho abierto denotan sensualidad, gusto por los placeres sensitivos.

A veces, el único contacto con el exterior es el ruido de las cadenas de otros váteres.

O el ruido de la máquina para secarse las manos.

Siempre hay alguien que se seca el bate de béisbol con la tobera del aire.

Alguien que eyacula dentro de la máquina del jabón.

Alguien que deja sus mocos en el espejo para que tú los veas.
Es increíble lo que puede hacer una persona en un sitio público si tiene la certeza de que nadie la ve.

Si la meada huele a azúcar quemado, alguien se está pasando con las vitaminas.

Si huele a azufre, hay alguien ahí fuera que se ha dado un festín con los espárragos.

Si la orina es amoniacal en el momento de su emisión, es probable que haya una infección urinaria.

Una cetonuria.

Una insuficiencia hepática.

Es probable que alguien empine mucho el codo.

Hay hombres que hablan con la mosca dibujada en la letrina, y dicen:

—Ahógate, zorra.

En el techo puede leerse: «Los niños hacen pompas de jabón asomados a la ventana del colegio. Ven cómo las pompas se separan de ellos, pero las siguen con la mirada, como si estuvieran unidos a ellas por un pequeño hilo que sólo ellos controlan. Y cuando las pompas se alejan demasiado y estallan, una pequeña tristeza inunda el corazón de los niños durante cinco segundos, el tiempo que tardan los niños, crueles e inconscientes, en hundir el palito en el jabón, y soplar de nuevo.

»Los niños son crueles en su inocencia.

»Firmado: Peter Pan Pan.»

Y Susana dice:

—Cruels en su inocencia.

Alguien aporrea la puerta del iglú contiguo al de Susana y puede oírse una voz de niño gritando:

—Sal de ahí dentro. Me estoy cagando.

El ruido de los zapatos se acerca a su puerta y oye:

—Ya me has oído. No querrás que te deje un regalo en la puerta.

Y Susana repite:

—Cruelles en su inocencia.

Y escribe en la pared: «Imagina a un niño con un altavoz verde tachado en la frente. Imagina poder silenciarlo como haces con tu televisor. Imagina uno de esos niños que llora como en los dibujos animados japoneses: con la boca muy abierta, y los puños cerrados. Ver cómo le tiembla el labio. Y no oír nada. Ver sus asquerosos chorros de lágrimas horizontales. Y disfrutar del silencio.

»Piensa en todos esos niños que se arrastran por el suelo de los aviones. Que berrean en restaurantes. Esos espermatozoides con mucha movilidad venidos a más. Esos monstruos tamaño souvenir con sus babas, sus mocos y sus varicelas. Esos niños que corren los cien metros pasillo sobre el techo de tu casa, subidos a un pequeño camión de bomberos con cinco tipos diferentes de sirena. Los días impares son bomberos; los pares, policías. Y el fin de semana Tarzán de la jungla. Esos piojos hiperactivos que hunden la mano en la salsa de tomate y se acercan a ti con los brazos extendidos. Piensa en el olor de esas toallitas húmedas tratando de tapar el hedor de sus culos. En sus berridos cuando viajan en tren. En tus ganas de acariciarlos y lanzarlos a la vía. Piensa en la taxidermia y en la cabeza de todos esos pequeños animales colgando de tu salón.»

La escritura desnuda, sin rasgos superfluos, erguida y con el margen izquierdo bien delimitado denota dominio de la razón sobre los impulsos.

Si las palabras están caídas y la línea de escritura es descendente, estamos ante alguien con facilidad para derrumbarse, con tendencia al abatimiento.

Cuando las acentuaciones son poco perceptibles, los puntos de las íes se sitúan tras la letra y la escritura es de una presión muy ligera, la persona es indecisa y poco resolutiva.

Susana cuenta hasta siete con los dedos.

Y luego otros siete.

Y luego siete más. Y dice:

—Mierda. La semana del ketchup.

Aguenta la tapa del rotulador con los dientes. Y escribe en la puerta: «Las palabras son siempre mejores que los colores, porque cuando alguien escribe rojo, tú imaginas el mejor rojo que nunca has visto. Porque si alguien pinta algo de rojo, no será el rojo sublime y herido que esperas; será un rojo taza de café, pero no será un rojo gota de sangre, y si es un rojo gota de sangre, la sangre nunca será lo suficientemente negra y espesa. Eso sucede, seguramente, porque las buenas gotas de sangre roja son negras.»

Después de eso, tapa el rotulador y dice, aliviada:

—Otro mes más sin un pequeño John Arcadas.

Enrolla un buen trozo de papel del váter y lo aprieta fuerte contra su entrepierna.

Su teléfono móvil recibe un mensaje en el que puede leerse: «Tetera».

En el segundo mensaje puede leerse: «Puzzle de mil piezas.»

En el tercer mensaje puede leerse: «Veinticinco caretas de famosos de Hollywood.»

Ése es John Arcadas. Y sus últimas adquisiciones en subastas benéficas televisivas.

Ése es John Arcadas. Aburrido y celoso desde casa.

Vista desde arriba, Susana Nuez Moscada es una bola de pelo crispado.

Es una espalda con doce costillas y seis tatuajes.

En el suelo puede leerse: «Te conviertes en alguien interesante cuando empiezas a hablar solo.»

Y Susana dice:

—Me debo de estar convirtiendo en alguien muy interesante.

Las personas con tendencia al autoengaño saben que engañarse conscientemente es la forma de pensar que las cosas siguen funcionando.

Cuando la escritura es pequeña, casi diminuta, y las letras están muy apretadas entre sí, la persona es reservada, introvertida e inteligente, con sentido práctico. Es alguien con mala disposición para las relaciones personales.

Susana acerca la punta del rotulador a su nariz y aspira hondo.

Los inhalantes producen vapores que alteran el estado de ánimo. Los rotuladores indelebles desprenden gases volátiles que causan distorsión en las percepciones del tiempo y del espacio.

Susana dice:

—A veces llevo tanto tiempo aquí sentada que tengo la sensación de haber nacido en este iglú.

Y escribe en la pared: «*Home, sweet Home.*»

En la película en que Tom Hanks naufraga en una isla desierta, un balón de cuero se convierte en su único amigo. Se llamaba *Wilson*.

Y hablaba con él.

Dormían juntos.

Eran la pareja perfecta.

Cuando Tom Hanks vuelve de la isla, se da cuenta de que todas las personas en las que confiaba lo han traicionado.

Susana Nuez Moscada saca una mandarina del bolso. Y un lápiz de labios.

Y le dibuja un ojo a su mandarina.

Le dibuja otro ojo.

Y una boca.

Y dice:

—Hola, *Wilson*.

La misantropía es algo muy cercano a encerrarse en un baño público y hablar con *Wilson*, tu mandarina; tu único y mejor amigo.

Alguien que no espera nada de ti.

Alguien que no va a hacer preguntas.

Y, bueno, alguien a quien te puedes comer cuando te aburras de él.

En el fondo, el canibalismo es una forma de amor.

Cuando la mayor parte de tu día transcurre dentro de un baño público, el servicio de limpieza se convierte en algo así como el servicio de habitaciones de un gran hotel:

—¿Está usted bien? Lleva diez horas ahí dentro.

Susana sonríe y dice:

—¿Puede conseguirme un cigarro?

Junto a la escobilla del váter puede leerse: «Todo lo que sale por nuestros culos es un hilo de Ariadna. Es nuestra respuesta a los grandes problemas. Es nuestra forma de salir del laberinto.»

Si la escritura es simplificada, con enlaces desiguales y con letras tipográficas, la persona que ha escrito eso es alguien con amplitud de conocimientos.

Sin dejar de acariciarse las tetas, Susana dice:

—No creo que hoy pueda colaborar con mi hilo de Ariadna. Estoy estreñida.

Si las letras tienen una altura similar y la escritura es regular, sin rasgos inútiles, la persona tiene gran capacidad para asimilar las cosas.

Pero si la escritura es poco legible, con rúbricas innecesarias y gran abundancia de trazados y adornos, estamos ante alguien con un importante embrollo mental.

Susana mueve los dedos de su pie izquierdo como si fuera una boca. Imposta su voz y le pregunta a su pie derecho:

—¿Nos vamos ya?

Y el derecho responde:

—Sólo un par de días más.

Después de eso, ve cómo por debajo de la puerta aparece un cigarrillo. Lo coge del suelo, lo acerca a sus ojos y dice:

—Hola, mis diez minutos menos de vida.

Y grita:

—Gracias. Es usted un ángel.

Su teléfono móvil recibe un mensaje en el que puede leerse: «¿Seguro que no me estás engañando con otro?»

Y Susana dice:

—Tengo tanto miedo que lo mejor que puedo hacer es seguir aquí escondida.

Se roza los pezones y escribe en la puerta: «A veces tengo la sensación de estar esperando que algo me destruya.»

Cuando la escritura es desigual, con los trazos ascendentes firmes, y los descendentes ligeros, la persona padece ansiedad y está angustiada.

El mundo no es un sitio agradable cuando te estás muriendo y tienes que buscar un iglú con taza del váter para estar tranquila.

Cuando a tu pareja lo único que le importa es la fidelidad y las subastas benéficas televisadas.

Y tú, lo único que realmente estás intentando es dejarte morir.

Acariciarse las tetas no es algo sexual. Ni siquiera una costumbre que tiene desde pequeña.

Acariciarse las tetas significa carcinoma lobular infiltrante.
Cáncer de mama.

Metástasis.

Imagina una bola de helado. Redonda y perfecta. Con un poco de escarcha por encima.

Convierte las fresas en puré. Añade nata y leche condensada. Bate la crema hasta que forme grumos. Agrega azúcar. Incorpora lentamente la mezcla de fresas y la crema. Refrigera hasta que endurezca. Imagina la cara del cirujano diciendo:

—El tumor es una pequeña pelotita. Lo extraeremos como si fuese una bola de helado. De fresa.

Imagina una bola de cáncer.

Redonda y letal.

Refrigera hasta que endurezca y sirve bolas en una copa de helado.

Con un cigarro en la boca, Susana escribe:

—Tengo veintisiete años y me estoy muriendo.

Imagina una cubeta de helado derritiéndose en agosto. Resbalando por los bordes. Cayendo al suelo. Filtrándose entre las baldosas. Invadiendo el tejido adiposo de las mamas. Cubriendo los conductos linfáticos.

Susana Nuez Moscada mira a *Wilson* y dice:

—Creo que a los dos nos queda poco tiempo.

Y con delicadeza, hunde la uña en *Wilson* y lo pela. Separa los gajos uno a uno. Y deja que estallen dentro de la boca.

Hasta luego, *Wilson*.

Esto termina sobre la taza de un váter.

Con Susana Nuez Moscada escribiendo frases en la puerta del retrete.

Despidiéndose de un montón de gente a la que no conoce.

Despidiéndose de otros esquimales que llegarán al iglú. A dejarse morir. O a evacuar para tratar de vivir.

Esto termina con un cáncer avanzando denso y pesado. Haciendo ruido. Aniquilando. Cubriéndolo todo. Regenerándose lentamente.

Extendiéndose. Esto termina con la misma impotencia que tienes cuando no puedes cerrar un grifo. Y sigue goteando.

Cáncer de fresa.